



Sentado sobre uno de los varios bañales que obstruían la pequeña pieza de hotel, don Buenaventura Villaurreta departía con media docena de amigos.

Por primera vez, desde largos años atrás veían á don Buenaventura sin aquella su característica expresión de aburrimiento y tristeza; y por primera vez lo encontraban locuaz, alegre, decidido.

—Si, amigos míos,—decía,—sí, por fin consigo resolver el problema que ha estado amargándome el alma durante treinta años... Una solución tan fácil, sin embargo, tan simple, tan natural: me vuelvo á mi provincia, á mi pueblo, á mi aldea...

Y diciendo esto, don Buenaventura se restregaba las manos, resplandeciente de satisfacción su rostro amarillento y enjuto, tajeado por largas y hondas arrugas.

Era un caso curioso el suyo. Hijo de un rico y rústico industrial jujeño había nacido en un misero villorrio encallado en un estribadero de la sierra desnuda y esquiva. Allí pasó su niñez y de allí le enviaron á Buenos Aires, donde cursó sus estudios, torturado por la nostalgia de la montaña adusta, del caserío de piedra, chato y oscuro, del círculo de la plaza, del campanario del templo, única voz que turbaba, en intervalos regulares, nunca alterados, el silencio infinito del lugar.

Resignado, con esa resignación propia de las mulas andinas que no se apuran nunca porque saben que su destino es subir cuestas y bajar cuestas, se recibió de abogado, ocupó un puesto administrativo, fué ascendiendo, ocupó una banca en el Congreso, y la vida no le ofreció jamás las emociones de un temporal.

Y eso no obstante, don Buenaventura fué siempre un ser infeliz, roído por inclemente pena interna para la que no existía remedio en la farmacopea moral. Era el suyo, un viejo ingénito. Tenía una alma estática. O, por lo menos de una motilidad tan lenta, que siempre encontrabase retrasado con relación al medio ambiente.

Dueño de un corazón afectivo, naturalmente predisposto á la monótona tranquilidad del hogar, la cincuentena lo encontró celibatario, porque no halló en su camino una mujer que se ajustase al ideal formado, escuchando las piáticas y observando los actos de la madre y de la abuela, de la madrina y la tía, en la dulce quietud de la simplicidad lugarna.

En arte, cuando él hallábase en pleno embeleso con la maciza filosofía spenceriana, el simple naturalismo de Zola, las ingeniosas artificiosidades de Sardou y Dumas hijo, las pegajosas melodías rossinianas y las ale-

gres luminosidades de Delacroix, llegaron para desorientar su espíritu y desorbitar su juicio, las inquietantes teorías de Nietzsche, los dolorosos análisis de Sudermann, la complicada simplicidad y la desconcertante temeridad de Ibsen.

—No!... El mundo marchaba demasiado aprisa y el ambicionaba vivir tranquilo, creyendo hoy lo que había creído ayer, apreciando de hombre lo que apreció de niño: la paz, en fin, la quietud, la liberación de los ruidos y las fatigas de la endemoniada dinámica actual...

Y resolvió irse á su provincia, á su pueblo, á su aldea prendida á las rocas de la montaña, allí donde las cosas y las ideas se mantienen inmutables como la montaña misma.

Y se fué, con el alma henchida de esperanzas. Y cuando llegó á su aldea, se encontró con que antes que él había llegado el ferrocarril, con que el círculo de la plaza había sido reemplazado por un jardín inglés, y con que al frente de la fonda familiar, un gran tablero anunciable:

“Cordillera Hotel”.

.....

No se ha vuelto á saber nada de don Buenaventura Villaurreta.

JAVIER DE VIANA.

